

convicciones y la legitimidad que le da su trayectoria con la capacidad de comprensión moral y política: no es equidistancia o ingenuidad, sino un esfuerzo tenaz y valiente, humanista y lúcido, por la convivencia. —



NOVELA

Aire clásico



Nell Leyshon
DEL COLOR DE LA LECHE

Traducción de Mariano Peyrou
Madrid, Sexto Piso,
2013, 174 pp.

de **LEAH BONNÍN**

Precede a la novela *Del color de la leche*, de Nell Leyshon, una solapa llena de referencias a los premios y distinciones que ha recibido esta escritora de Glastonbury: candidata al Orange Prize for Fiction por su novela *Black Dirt* (2004), ganadora del Premio Evening Standard Theatre por su obra teatral *Comfort Me with Apples*, Premio Richard Imison por su primera obra teatral para la BBC y autora de la primera obra escrita por una mujer para el Shakespeare's Globe Theatre. Y la apunala un prólogo en el que Valeria Luiselli, además de considerar el texto como una especie de "gemelo oscuro" de *La vida de los hombres infames* de Foucault e imbricarlo en la reflexión sobre la relación entre poder y escritura "como forma individual de resistencia", lo cataloga como "un libro escrito con la urgencia palpitante de un pequeño clásico".

A Nell Leyshon se le ocurrió la historia de Mary, protagonista y narradora de la novela, después de participar en un taller sobre la Biblia del rey Jacobo. En un principio, la imaginó como obra de teatro hasta que un día, a modo de un fogonazo de inspiración, le llegó la primera línea de lo que se convertiría

en novela: "este es mi libro y estoy escribiéndolo con mi propia mano". Escueta y extraordinaria frase de once palabras que se repite a modo de salmodia al inicio de cada una de las cinco partes que conforman el texto —Primavera, Verano, Otoño, Invierno y otra vez Primavera— y que, de entrada, sitúa al lector ante dos informaciones: cierta limitación ortográfica de la narradora escritora, que no utiliza la mayúscula prescriptiva al inicio de los párrafos, en los nombres propios y tras los puntos, y una voluntad de ser en tanto que se hace escritora.

Mary, o mary, es una niña de quince años en el momento en que escribe, "este año del señor de mil ochocientos treinta y uno", tiene el pelo del color de la leche, ha aprendido a deletrear su nombre y quiere contar lo que le ha pasado. Está inmersa en el mundo rural inglés en vísperas de la industrialización, y vive en unas condiciones de precariedad que van más allá de la pobreza material —falta de higiene y de educación, vivienda deficitaria, trabajo físico de sol a sol, alimentación escasa (pan, queso y poco más), abuso sexual, brutalidad y violencia paternal— y de las que tenemos noticia no tanto por un detallismo descriptivo a la manera de Dickens, sino por el estilo sobrio y efectivo de una autora que, en vez de explicar y analizar sociológicamente, se concentra en mostrar lo que le sucede a la protagonista, lo que dice y lo que piensa y cómo se relaciona con otros personajes a través de unos diálogos estupendamente trabados en el argumento: "no puedo esconder nada en mi voz, señora. para que sepa como soy. no creo que pudiera mentir ni aunque me ordenaran que mintiera".

La narración en primera persona aleja *Del color de la leche* del dicimonónico narrador omnisciente y le permite a Nell Leyshon, según sus propias palabras, "meterse de lleno en el personaje y olvidarse un poco de la ortodoxia técnica". El

argumento tampoco desarrolla ninguna trama historicista o sociológica porque Nell Leyshon decide situarse a sí misma —metida en el personaje— en el periodo, en vez de ajustar la historia de Mary a la factualidad de la investigación (poca, según ha reconocido) sobre la época. No obstante, una vez que el lector acepta la voz heterodoxa, fresca y directa de la narradora, llena de incorrecciones gramaticales y de agudeza verbal —"mi lengua es rápida como la lengua del gato cuando se bebe a lametones la leche del cubo"—, se ve atrapado por la necesidad de conocer el fin de una historia amarga y, no por simple, menos interesante. ¿Saldrá de la miseria la protagonista?

Mary vive en una granja alejada del pueblo con su familia: tres hermanas mayores, igual de iletradas y desatendidas que ella pero menos inteligentes, una madre sin apenas presencia, un padre que se comunica a través de la violencia y un abuelo postrado en una silla de ruedas desde que "se le rompieran las piernas cuando se cayó de un almiar", el único ser por el que siente afecto. Ha crecido en un entorno ayuno de compasión en el que, además, el padre se considera legitimado para abusar física y sexualmente —"no sé con qué me pegó. no sé cuántas veces me pegó. cerré los ojos y le dejé hacerme lo que me hizo"— de las hijas.

Solo miserias tiene que contar una niña cuya vida se reduce a dar de comer a las gallinas, sacar las vacas a pastar, quitar piedras de la tierra antes de cavar, ayudar en la cocina y hablar escasamente con el abuelo. Hasta que un día, a cambio de dinero que recibirá el padre, es "elegida", debido a que su cojera la hace menos eficaz en las labores del campo, para trabajar como sirvienta en la casa del vicario del pueblo.

El trabajo en la vicaría supone el encuentro de Mary con otros personajes: con el vicario, señor Graham, y su mujer, con la sirvienta Edna y con el hijo Ralph, al que reconoce porque

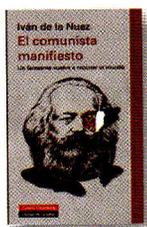
en una ocasión lo vio copulando con su hermana Violet. Con un mundo nuevo, que le permite tener una cama para ella sola, aunque comparta habitación con Edna, higiene y limpieza, sábanas y una comida un poco más variada. Y con un lenguaje más sutil y preciso, con matices semánticos hasta entonces inimaginables. Sin embargo, y a pesar del aprecio que le muestra la enferma señora Graham, Mary no se vincula al entorno, quizás por una incapacidad alimentada desde la infancia, y siente nostalgia de lo que ha dejado atrás: “y pensé en la granja que estaba al otro lado, y en el día que todos nos tumbamos en lo alto de la colina y soñamos con lo que queríamos”.

No espere el lector una historia de amor al estilo de las novelas de las hermanas Brönte. Mary no se va a pegar ni a Ralph ni al señor Graham, después de muerta su esposa. Hay ciertos guiños a esa tradición, como el descenso del vicario a los lugares del servicio para estar en contacto con Mary, la invitación a tomar té en la biblioteca o acciones más abusivas que parecen tratadas con cierta condescendencia: “pero entonces su mano empezó a subir y bajar por encima de mi pierna y me avergüenzo profundamente al decir que no me movi”. Más que en el señor Graham, Mary está interesada en aprender a descifrar esos libros que en un primer momento no son más que “un montón de rayas negras”.

Del color de la leche no deja resquicio al romanticismo. La realidad marca la escritura y el estilo. Una realidad que no es histórica, testimonial o sociológica: solo realidad literaria. Es pronto para afirmar que *Del color de la leche* puede convertirse en un clásico, pero lo cierto es que la historia de Mary, su verdad y su realidad acompañarán al lector más allá de la última palabra de la novela, cuando finalmente descubra que es lo que esa niña quiere escribir, sentada junto a una ventana desde la que ve pájaros, árboles y hojas. —

ENSAYO

El futuro abandonado



Iván de la Nuez
EL COMUNISTA MANIFIESTO: UN FANTASMA VUELVE A RECORRER EL MUNDO
 Prólogo de Josep Ramoneda
 Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2013, 174 pp.

de PATRICIO PRON

Algunos años después de la caída del Muro de Berlín el francés Eric Lusito recorrió la antigua Unión Soviética visitando instalaciones militares abandonadas; sus fotografías (una selección de las cuales se puede encontrar en su página web, así como en el libro *After the Wall: Traces of the Soviet Empire*) parecen ratificar la afirmación de Iván de la Nuez de acuerdo a la cual aquel muro cayó (de alguna manera) tanto hacia el Este como hacia el Oeste, dejando a ambos lados de su antiguo emplazamiento las ruinas y los restos del “futuro abandonado” que el artista francés registró durante su viaje y que son, en general, las ruinas y los restos sobre los que se asienta el triunfo global del capitalismo (incluso del capitalismo en crisis de nuestros días).

El comunista manifiesto no tiene como propósito reflexionar acerca de las consecuencias de la caída del régimen soviético al Este del Muro sino en las sociedades occidentales, allí donde la figura de Karl Marx empieza a ser recuperada (De la Nuez menciona, por ejemplo, el éxito de una edición ilustrada reciente del *Manifiesto comunista* y del “Marxism Festival” londinense) y la apropiación artística de los restos de la producción visual soviética permite pensar que, como sostiene el ensayista cubano, el comunismo “está ‘sucedando’ en Occidente como estética”.

No se trata tan solo de esa apropiación de la figura de Marx (cuyo rostro, nos informa De la Nuez, ha sido escogido recientemente como imagen de las tarjetas de crédito emitidas por la Sparkasse de Chemnitz, Alemania; o de su nombre, registrado como marca por el colectivo hispanoalemán PSJM): lo que sucede, para De la Nuez, es el retorno de una cierta visión “comunista” de la historia que se desdobra en dos territorios vinculados; por una parte, el de la postulación de un sujeto colectivo en textos como *¡Indignaos!* de Stéphane Hessel (2010; Destino, 2011) y en los géneros afines del panfleto y del libro de circunstancias (cuya finalidad, sostiene el ensayista, es disipar las dudas en lugar de responderlas, de allí su pobreza teórica y su puerilidad, que el autor compara con la de los libros de autoayuda); por otra, en el ámbito artístico, a cuyos productores el comunismo ofrece un repertorio de símbolos y figuras potencialmente reescribibles, citables, parodiabiles.

A diferencia de otros autores, De la Nuez no juzga estas producciones artísticas en términos de su adhesión o su distanciamiento de cierta ortodoxia ideológica, ni parece particularmente apenado por la apropiación capitalista de los iconos del comunismo (según afirma, “para la izquierda radical, el fetiche del Che significa una victoria cultural después de una derrota política. Para la derecha radical, el fetiche del Che significa una derrota cultural después de una victoria política”); por *El comunista manifiesto* se pasean el escritor y activista político ruso Eduard Limónov, el dictador (y crítico cinematográfico!) Kim Jong Il, Jon McNaughton (pintor “oficial” del Tea Party), Charlie Crane, Joan Fontcuberta y sus falsificaciones, los aficionados al *skate* en la Alemania comunista, Boris Groys y su *Obra de arte total Stalin* (2008): la profusión de figuras y de ejemplos a lo largo de este libro permite pensar que, si algo se le puede reprochar a su